

Convengamos en que la educacion verdaderamente cristiana es el gran tesoro de la humanidad.

¡Que no se cierrén nunca para la mujer las puertas de ese tesoro! ¡Que permanezcan siempre de par en par abiertas, sea cualquiera el espíritu de los siglos, sean cualesquiera las preocupaciones de los hombres!

No puede ser feliz un país donde no sean felices las mujeres.

No pueden ser felices las mujeres fuera de la educacion cristiana, que es la única que impone como deberes, pero deberes muy altos, la obediencia justa, la esperanza en Dios, y el amor puro y santo.

La educacion cristiana es, pues, el solo elemento de felicidad que hay en la tierra; es garantia de la dulce paz del alma y del reposo apacible del corazon.

Con el alma turbada y el corazon intranquilo, no busques nunca la felicidad, ¡pobre viajero del mundo!

EPILOGO.

Hay quien opina que todo el que escribe ó habla acerca de las mujeres, debe reservarse el derecho de arrepentirse mañana de lo que hoy escribe ó habla.

El autor de estos APUNTES renuncia solemnemente á ese derecho.

Ha consignado lo que estima verdad; y de la verdad no cabe arrepentimiento.

Ni rinde culto al genio del positivismo que deprime á la mujer, ni al genio de la fantástica idealidad que aspira á divinizarla.

La figura de la mujer aparecerá siempre en todos los grandes cuadros que representan la historia de la humanidad.

En la portada del mundo antiguo, Eva; la madre en la naturaleza humana, la autora del gran cataclismo del Eden.

En la portada del mundo moderno, MARIA; la madre en la gracia, la inmaculada, la bendita entre todas las mujeres, la co-redentora del linaje humano.

En todos los magníficos sucesos del mundo antiguo y del mundo moderno, la mujer aparece siempre ejerciendo alta influencia en los destinos de los pueblos y en la ventura y poderío de las naciones.

Los hombres le negaron el derecho de legislar, y la mujer daba la ley á los legisladores.

Le negaron el derecho de obtener cargos y honores, y no advirtieron que le dejaban el derecho de distribuirlos.

Le cerraron las puertas de la ciencia; mas no pudieron privarla de avasallar á los sabios con los recursos de su ingenio.

La menospreciaron por inepta para la guerra, y no comprendieron que la mujer rinde y domina á los héroes con las armas de su gracia y de su hermosura.

Los hombres, por último, esclavizaron á la mujer por el gusto de declararse esclavos.

—“¿Quién es ella?”—pregunta el mundo al artista que se afana por fijar en el mármol ó en el lienzo la vagarosa imágen de la belleza.

—“¿Quién es ella?”—pregunta el mundo al poeta que en la serena tarde del otoño pasea su mirada por el vasto firmamento, y busca torrentes de inspiracion en los últimos

reflejos del sol que muere, ó en el incierto curso de la nubecilla que vaga, ó en el disco plateado de la luna que nace.

—“¿Quién es ella?”—pregunta el mundo al que llora.

—“¿Quién es ella?”—pregunta el mundo al que canta.

—“¿Quién es ella?”—pregunta tal vez el curioso al leer estos APUNTES.

Y contesta el autor:

ELLA es hermosa como la aurora que sonríe, casta como el beso de una madre, noble más que todas las ejecutorias de Europa, dulce y apacible como un cielo sin nubes.

—“¿Que si es rica?”—¡Siempre esa infernal pregunta!—Tan rica y de tanto precio, que si hubiera de comprarse, no bastarian para adquirirla todas las montañas de oro; todas las alhajas que constituyen la nata de la tierra y los posos de los mares.

—“¿Que cómo se llama?”—Su nombre no está en el almanaque.”

Se llama VIRTUD.

Napoleon lo dijo: una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazón; la primera es un dije, la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos á añadir: la que á la belleza del rostro adune la belleza del alma, á los encantos de la naturaleza los de la

virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

Ojalá que el número de esas copias se multiplique indefinidamente.

Tal ha sido y es el objeto de estas páginas.

Sálvelas, pues, de la amarga censura y de la fria indiferencia, á falta de todo mérito, la rectitud del propósito.

El autor, no á nombre suyo, que es harto insignificante, sino á nombre de la justicia, pide á ese mundo que se agita en el torbellino de los intereses materiales, una mirada siquiera hácia la educacion de la mujer.

Y al pedírsela, repite la celebrada máxima del conde de Segur: “Los hombres hacen las leyes; las mujeres hacen las costumbres.”

FIN.

INDICE.

PRÓLOGO.....	5
INTRODUCCION.....	19
Capítulo Primero.—La educacion	29
Cap. Segundo.—La modestia.....	39
Cap. Tercero.—El orgullo.....	49
Cap. Cuarto.—La virtud y el misticismo.....	65
Cap. Quinto.—El amor	67
Cap. Sexto.—El matrimonio.....	113
Cap. Sétimo.—La maternidad.....	141
Cap. Octavo.—La viudez.....	155
Cap. Noveno.—La profesion religiosa.....	163
Cap. Décimo.—La hermana de la caridad.....	171
Cap. Undécimo.—La pobreza	176
Cap. Duodécimo.—Los extravíos	184
Cap. Décimo tercero.—Los espectáculos.....	194
Cap. Décimo cuarto.—La moda.....	200

Cap. Décimo quinto.—Las tertulias.....	208
Cap. Décimo sexto.—La edad.....	222
Cap. Décimo sétimo.—El llanto.....	230
Cap. Décimo octavo.—La melancolía.....	238
Cap. Décimo noveno.—El talento.....	246
Cap. Vigésimo.—La curiosidad.....	263
Cap. Vigésimo primero.—La frivolidad.....	269
Cap. Vigésimo segundo.—La mentira.....	275
Cap. Vigésimo tercero.—El estudio.....	281
Cap. Vigésimo cuarto.—La artista.....	291
Cap. Vigésimo quinto.—La esperanza.....	299
Cap. Vigésimo sexto.—La felicidad.....	307
EPÍLOGO	313

200	Cap. Décimo cuarto.—La moda.....
194	Cap. Décimo tercero.—Los espectáculos.....
184	Cap. Prohemio.—Los extranjeros.....
178	Cap. Undécimo.—La pobreza.....
171	Cap. Décimo.—La hermana de la caridad.....
163	Cap. Noveno.—La profesión religiosa.....
156	Cap. Octavo.—La riadex.....
143	Cap. Séptimo.—La maternidad.....
113	Cap. Sexto.—El matrimonio.....
67	Cap. Quinto.—El amor.....
69	Cap. Cuarto.—La virtud y el mérito.....
49	Cap. Tercero.—El orgullo.....
39	Cap. Segundo.—La modestia.....
30	Capítulo Primero.—La educación.....
19	INTRODUCCION.....
2	PRÓLOGO.....

